

Evolución religiosa de los mexicanos

JOSÉ LUIS GONZÁLEZ MARTÍNEZ

Una de las emociones que producen las cifras de una encuesta es la de comprobar si la realidad es tal y como nosotros la creíamos; o por el contrario, nos demuestra cuan distraídos somos.

En esta ocasión las encuestas irrumpen en el terreno de los comportamientos, actitudes y sentimientos religiosos de los mexicanos. Tema delicado, pues el término *religión* tiene en México una semántica muy particular, construida al ritmo de la historia social.

En el pasado, algunos hicieron de la religión un campo de batalla; en el presente no falta quienes la siguen utilizando como trincheras. Por eso es importante tomarle el pulso a la cuestión religiosa en este momento en el que se observan cambios significativos, tanto en el plano de la configuración religiosa de la sociedad como en el de las relaciones de la iglesia católica con el estado.

Entre la vida y el sexo

El tema sexual sigue siendo un tema tortuoso para el saber oficial del catolicismo. El celibato de los sacerdotes, el control de la natalidad, el sida... todos son temas en torno a los cuales persiste una especie de bloqueo conceptual.

Sobre la planificación familiar la iglesia católica mantiene una posición inmovible. Pareciera que la explosión demográfica es algo que ni siquiera conoce: para ella el acto sexual tiene que estar naturalmente abierto a la fecundidad. Por eso, los anticonceptivos farmacéuticos, los dispositivos intrauterinos y cualquier práctica encaminada a permitir el placer sexual sin riesgo de concebir están completamente prohibidos. Son pecado.

Evidentemente nadie se rige por la ética oficial. En nuestros trabajos publicados acerca de la ética popular -de acuerdo con las investigaciones efectuadas en Perú y México- dejamos constancia de un hecho que se impone con fuerza insoslayable: mientras la iglesia construye sus criterios éticos desde la ley, el pueblo lo forma en función de la vida y de su desarrollo sociocultural. Por esta razón la gran mayoría del pueblo mexicano, según la encuesta, está francamente en favor de la planificación familiar.

Si al 74% que, en promedio, dice estar en favor de la planificación familiar, le añadimos el 19% que opinó «depende», resulta que para un 95% de los encuestados las directrices de la iglesia no tienen peso normativo.

Asumiendo que la población mexicana, en términos generales, es católica, entonces nos encontramos con una masa católica disidente, por lo menos en este punto. Y esto, a nuestro juicio, no significa un debilitamiento de la identidad católica de la gente; más bien se trata de una autonomía ética que el pueblo sabe administrar sagazmente.

Lo que ocurre es que, por más que se esfuerce la iglesia -y lo hace con mucha frecuencia- en hacer creer que es mala la planificación familiar, el pueblo sabe que eso no corresponde a los valores de su vida personal y comunitaria. ¿A quién le hace daño efectuar una relación sexual sin que se convierta en amenaza contra sus ya precarias condiciones de vida? ¡A nadie! y el pueblo lo sabe.

La iglesia católica debería tomar nota de que estas respuestas no provienen de jacobinos, sino que, en buena medida, reflejan la opinión de quienes asisten a sus misas dominicales y peregrinan a sus santuarios.

Las cosas no discurren igual cuando se trata del aborto. Francamente en favor están pocos de los encuestados: la mayoría se manifiesta en contra. Pero lo interesante de este caso se encuentra en el importante grupo que piensa que «depende de cada caso» para determinar si el aborto es correcto o no. Así piensa el 49% de la clase media y el 48% de los jóvenes.

Es posible que estos datos nos indiquen una mayor proclividad de la clase media a la práctica del aborto, dado que en ella coinciden el aumento de la presión económica (en momentos de crisis económica) y una mayor racionalidad frente a la información y el uso de los medios científicos que interrumpen el embarazo no deseado.

En este punto creemos que los datos en su conjunto indican que se trata de un tema complejo y socialmente no maduro (en cuanto a opinión). No han terminado las batallas. Habrá nuevos enfrentamientos entre la iglesia católica y los poderes públicos que intenten avanzar en torno a la legalización del aborto.

Por lo que respecta al sida, además de una grave amenaza para la salud mundial, es un tema que se ha convertido en un auténtico problema para muchas iglesias. El gobierno mexicano ha tomado medidas para proteger a su población y prevenir la expansión del mal; de allí que se haya procedido a informar a la población y recomendarle el uso de preservativos.

Claro, la iglesia hubiera preferido una campaña nacional de castidad, pero el gobierno mexicano como muchos otros no partió de principios morales, sino de los hábitos reales de la mayor parte de su población. Ello bastó para que algunos sectores de la iglesia católica entraran a la guerra. El público, al comienzo un tanto desconcertado, fue formándose una opinión en torno a la contienda.

La encuesta refleja esta opinión: el 70% de los interrogados estima que la iglesia no tiene razón en oponerse a la campaña para prevenir el sida. La sociedad, incluso los católicos, parece pensar que la protección de la vida es la norma suprema de la ética social.

Iglesia y sociedad

En las relaciones iglesia-estado todavía hasta hoy se cieme la sombra de Benito Juárez. Podemos entender que en los medios eclesiásticos más conservadores este insigne oaxaqueño aún sea considerado *verdugo de la iglesia*, pero, para la mayoría del pueblo mexicano, Juárez sigue siendo un paradigma que encarna el concepto de nación con el que se identifica; concretamente se trata de un ejemplo de las relaciones del estado con la institución eclesiástica. Todo ello señala la profundidad de la tradición laica en la sociedad mexicana; hecho que, junto con la fuerte y extensa religiosidad popular, constituye uno de los grandes desafíos interpretativos de esta sociedad.

Los datos anteriores se refuerzan con los relativos a lo que piensan los mexicanos acerca de las relaciones iglesia-estado. Aquí las opiniones se dividen prácticamente en dos. De la misma manera, como lo señalábamos en el punto del aborto, nos encontramos ante un tema socialmente inmaduro, por lo que aconsejaría no acelerar artificialmente los procesos.

Una cosa es cierta: no se puede decir que la sociedad mexicana esté exigiendo este paso histórico, como tampoco que la mayoría católica lo considere necesario.

Otro tema que suele saltar con especial frecuencia y beligerancia sobre el tapete de la opinión pública es el relativo a la presencia social y política de la iglesia. El «no» es tan rotundo (72%) que permite concluir que en este país hay una alergia social crónica a que la iglesia intervenga en política.

La fe de los mexicanos

¿En qué dios y en qué iglesia siguen creyendo los mexicanos? En conclusión, independientemente de si la religión aumenta o disminuye, no puede negarse ni que se transforma ni que las iglesias pierden vigor y se vuelven relativas. Esto implica necesariamente un debilitamiento de su poder institucional dentro y fuera del campo religioso.

Por otro lado, el pueblo mexicano no simpatiza con una iglesia que intervenga en política, pero los datos no nos permiten dilucidar si este rechazo incluye a la iglesia que denuncia la injusticia y la violación del derecho. Probablemente no.

Ante los problemas sociales y personales que tienen un componente sexual, la iglesia católica mexicana tiene grandes dificultades para situarse con realismo y sensatez. ¿Se trata de un verdadero bloqueo conceptual de una iglesia regida por célibes?

En general, la clase media en México se manifiesta como el sector social conceptualmente más agresivo y de planteamientos más audaces.